

La ética periodística y otros moscardones

Carlos A. Camacho Azurduy
2004

1. Hace unos días atrás, un servicio nacional de información distribuyó por correo electrónico (e-mail) una noticia sobre un posible Golpe de Estado, el mismo que involucraba directamente a determinados partidos y dirigentes políticos, además de un organismo internacional. Muchos diarios, e incluso emisoras de radio y cadenas de televisión, la difundieron en el ámbito nacional.

Cuando un periodista consultó al responsable del servicio sobre la veracidad de la encubierta fuente, inmediatamente éste arguyó el secreto de la misma, pero reiteró que se trataba de una “fuente confiable”.

En el momento que escuché la noticia, quedé paralizado. No sólo por lo que políticamente este hecho podía significar para la vida democrática del país, sino por el “coraje” con que un colega había podido difundir tan “seriamente” un rumor —y asumirlo—, sin pensar en las consecuencias que éste podía tener.

Llegué a la oficina y mis compañeros se encontraban comentando acerca del Golpe: argumentaban posiciones a favor y en contra, establecían intereses de los actores involucrados, imaginaban posibles escenarios de conflicto. Los que no habían escuchado semejante *novedad mentirosa*, se enteraban en el acto y expresaban su punto de vista. El *rumor mediatizado* había comenzado su dinámica en la formación de corrientes de opinión pública. Este hecho que acabo de narrarles es el pan de cada día en el escenario massmediático boliviano.

2. Más tarde, camino a casa, recordé las palabras del amigo y periodista boliviano Rafael Archondo (2002: 20) que, desde su sinceridad desnuda, y para desencanto de muchos, afirmó que “la primera obligación del periodismo —¡no es la verdad!— es la novedad (...) Los que buscan la verdad son los científicos, mientras lo nuestro es la modesta y pura novedad”. En el gremio, continua Archondo, impera la persecución de novedades —sean o no verdaderas—, la improvisación y la prisa. De acuerdo. Los periodistas no tienen por qué producir “verdades” —siempre relativas—, tal como se entiende en la investigación científica y social. Pero es indudable que las mismas características del oficio requieren fundamental e imprescindiblemente de una *actitud ética* mirada desde dos ángulos:

- a) Perspectiva personal que cada individuo toma y que se encuentra en sus manos. Tener activa, lo que el comunicólogo Luis Ramiro Beltrán (2003: 3) llama, la *conciencia moral*, “que le habla desde lo hondo de sí mismo sobre el bien y el mal que puede hacer.” Ésta se desarrolla de manera inicial en el hogar, luego en el colegio y la universidad y, especialmente, en la fuente y en la práctica laboral.
- b) Esfuerzo grupal: involucra al equipo de trabajo, al medio (léase empresa) y, especialmente, al público. Nos hemos acostumbrado a reclamar el respeto a la libertad de prensa y de expresión cada vez que nuestros intereses se ven amenazados. Y, paradójicamente nos hemos olvidado de nuestra *responsabilidad social* hacia el lector. Éste ha delegado —sin saberlo y quizás sin quererlo— en los

comunicadores/periodistas, el ejercicio de su pleno derecho humano a la información. Volveré a este último punto más adelante.

3. Esta afirmación les va a gustar mucho a los propietarios de medios: la ética periodística es rentable. Las audiencias son mucho más inteligentes y críticas de lo que nosotros (los estudiosos científicos de la comunicación) pensamos. Éstas le asignan, a partir de su cotidiana interacción, determinada *calidad moral* al medio y a cada uno de sus periodistas, lo que les asegura o no, credibilidad, confianza y respeto públicos.
Un periodista con *comportamiento ético* es percibido como aquel que efectúa una correcta búsqueda y tratamiento periodístico de la información —sobre la base de la exactitud, precisión, ecuanimidad— expresado, en primera y última instancia, como su apego incondicional a la verdad.
4. A partir de la realidad plural latinoamericana, Germán Rey (2004) plantea una apropiada visión intercultural respecto a la *ética comunicativa*: “el reconocimiento del otro y de la alteridad, el diálogo como encuentro entre iguales y lugar de la argumentación racional, la conformación de comunidades de intérpretes, la construcción de consensos a través de las diferencias”.